

que eran indios les faltaban los sentimientos de caridad.

Al dia siguiente, por una dicha de Pomposa, llamaron de la casa de Doña Eufrosina al piadoso carbonero, y este, por un efecto de comedimiento, les preguntó qué remedio seria bueno para una niña de razon (*) que estaba loca y con calentura.

La novedad de la pregunta excitó la curiosidad de Eufrosina para indagar del carbonero tantas cosas, que al fin averiguó que la enferma era su hija.

Entónces hizo poner el coche, se fué con el carbonero para Chapultepec, y encontró á su hija, como se dirá en el capítulo que sigue.

CAPITULO VI.

Hallazgo de la ermitaña Quijotita, y peregrino desenlace de su santidad y la de su madre.

Entre contenta y asustada subió al coche Doña Eufrosina con su marido, cre-

[*] Así distinguen muchos injustamente á los indios de los españoles, llamando á estos gente de razon, como si aquellos no la tuvieran.

yendo hallar á su hija verdaderamente loca, segun lo que le habia contado el carbonero.

Luego que llegaron á la miserable choza de este, se apearon y entraron á buscarla.

No es menester ponderar cuál seria el sentimiento de ambos al verla con su saco verde, tirada en un petate ardiendo en calentura y delirando. Los gritos, llanto y exclamaciones de su madre eran tales, que los pobres indios se enternecieron, y tambien comenzaron á llorar.

Finalmente, la abrigaron, la subieron al coche, dieron una buena gala á los indios, y poco á poco la condujeron á su casa.

Sin pérdida de tiempo vino el médico, y se trató de curarla con el mayor esmero.

Por fortuna se comenzó á restablecer hasta que quedó fuera de riesgo, aunque demasiado triste y débil.

Doña Eufrosina, para que su hija no pensara otra vez en ser ermitaña, tiró á la calle los cilicios, cerdas, saco, disciplina, calavera, y hasta la caja.

No solo esto hizo, sino que para quitarle toda ocasion de que volviese á prevaricar con la virtud, que de esta frase

usaba, hizo un escrutinio de todos los libros que habia en su casa, y habiendo recogido todos los piadosos y como quinientas novenas, se bajó al corral con ellos, llamó al lacayo, mandó hacer una hoguera, y cuando estaba bien encendida, los echó todos, diciendo: Id al fuego, perversidores del talento de mi hija. No, no mas virtud en mi casa, no mas libros devotos, no mas encierro, no rezos. Desde este instante yo haré que vuelva á reinar en el corazon de mi hija la alegría, y que se divierta como siempre.

Algo se escandalizó el lacayo con esta arenga; pero mucho mas la beata, que la habia estado observando desde la azote-guela; mas ninguno de los dos se atrevió á embarazar la quemazon, porque conocian el genio intrépido y dominante de Eufrosina.

Esta cumplió fielmente su promesa, pues luego que Pomposita se fué mejorando, no cuidó de otra cosa sino de darle cuanto gusto queria. Le hizo nuevos vestidos de toda moda, armó las antiguas tertulias, le permitió todo desahogo con los jovencitos que la cortejaban, y la consintió cuanto quiso.

No habia fiestecita donde no la llevara: jamas faltaba de los toros, y del coliseo muy pocas noches: las amigas se multiplicaron sin número, y todas la lisonjeaban á porfía, con lo que acabaron de corromper su corazon, y de llenar de vanidad su cabeza.

Ya se deja entender que el desórden entró de asiento en la casa de D. Dionisio, quien como tan acobardado por su muger, no hacia mas que gastar, contraer drogas, y callar. En esto paró la desmedida virtud de Doña Eufrosina y su buena hija; pero ¿qué otra cosa se debe esperar de una devocion falsa, ni de una virtud aparente y mal entendida?.

El coronel y Doña Matilde se tostaban con las locuras de su hermana y sobrina; pero no quisieron meterse en advertirla, conociendo su capricho, y que cualquiera oposicion seria un estímulo para que lo hiciera peor; y así convirtieron todo su cuidado á Pudenciana, quien no dejaba de sentir ni de reir las extravagancias de sus parientas.

El coronel sabia aprovecharse hasta de los vicios de Eufrosina y Pomposa para dar á su hija lecciones de virtud, y esta

la escuchaba con amor, las practicaba con cuidado, y percibía con gusto su utilidad.

Tuvo varios pretendientes: de todos y de cuanto le decían daba cuenta á sus padres, y estos le dictaban como se debía manejar. Fácilmente discernía el coronel cuál era el carácter de cada uno, cuáles sus intenciones, cuál su conducta. Hacía ver á su hija que todo era siniestro, malo, inconveniente para ella, y los despedía sin sentimiento suyo y con la mayor docilidad.

El primero de estos que la solicitó fué un mocito azucarado y sin destino. Es te le escribió una carta muy expresiva, en la que la colmaba de alabanzas, y le aseguraba su eterno amor y rendimiento.

Ella puso el papel en manos de su padre, quien le dijo: Todas estas alabanzas que este te hace, no pasan de unas lisonjas estudiadas para rendir tu corazón sencillo, y esta es una verdad que bien la puedes conocer sin la mayor reflexión. Te dice que eres la mas hermosa de cuantas hay, que eres una deidad, que eres un ángel, que tus mejillas son rosas, tus ojos soles, tu boca rubí, tus dientes perlas, tu cuello alabastro, tus cabellos hilos de oro

&c. Bien ves que todas estas expresiones son mentiras, pues eres una muger humana como todas: que aunque no eres fea, no tienes una hermosura peregrina; y cuando no pudieras ó no quisieras confesar que es así, el espejo te haría conocerlo, por mas que no lo confesaras.

Por lo que hace al imponderable amor que dice te tiene, y que al instante que te vió, te adoró con la mayor pasión, es otra mentira vieja de que usa esta clase de amantes. Es muy difícil, por no decir imposible, apasionarse de una muger, por hermosa que sea, á la primera vista: ¿cómo creéremos esto cuando se le dice á una muger no muy hermosa, y quizás aun fea si es rica? pues ello es que á todas se les dice.

Por otra parte: los juramentos que te hace de que será tuyo hasta la muerte son tan seguros como los que hace el jugador acabando de perder, de que no volverá á tomar los naipes en su mano. En estos juramentos casi siempre interviene ó la ceguedad ó la malicia del que jura. Cuando estan realmente apasionados ó ciegos por lo que aman, creen que jamas dejarán de amar á su objeto, y así se lo aseguran

sin mentir, pero engañados; pues apenas lo poseen, cuando su amor se entibia, y de la tibieza pasa al aborrecimiento cuando el amor no es puro. Por esto dice Mr. de la Rochefoucault que: *El amor es lo mismo que el fuego, que no puede subsistir sin un movimiento continuo, y deja de vivir desde que deja de esperar ó de temer.*

Cuando los amantes no juran por ceguedad, sino por malicia, ya se conoce su criminalidad; pero la muger prudente debe estar alerta para no fiarse de semejantes promesas en ambos casos, pues cualquier credulidad en ellas es funesta.

Sobre los rendimientos y humillaciones con que escriben los hombres, es menester que las niñas esten muy sobre aviso. Generalmente todos son humildes cuando pretendientes, y por casualidad no son tiranos luego que poseen. Entonces, satisfecha la pasion ó el apetito, reconocen los defectos de la muger: si son ligeros, ó los toleran con prudencia cuando son capaces de esta virtud, ó los aborrecen con la persona; y si son graves, excitan todo su odio y su venganza. Conque cuidado, hija mia; despide á este ocioso con verdad y sin descortesía, y no te

fies de papelitos tiernos, sino de acciones comedidas y de calificada hombría de bien.

Por medio del secreto de comunicar Pudenciana los suyos con sus amorosos y prudentes padres, logró que no se burlara de ella ningun seductor, y que su honra estuviese en su lugar: que aprendiendo á distinguir el mérito de los hombres por la práctica, supiera por fia conocer quién la amaba con sinceridad, ó quién con embuste; y por este seguro y no bien ponderado medio consiguió hacer su perpetua felicidad, como verá el lector si quiere leer un poco mas.

CAPITULO VII.

Juiciosa conducta del novio que se presentó á Pudenciana, y cordura con que esta y sus padres se manejaron hasta verificarse el casamiento.

Entre cuantos aficionados tuvo Pudenciana logró la suerte de ser el preferido un D. Modesto, natural de Méjico, hombre noble, de arreglada conducta, bien empleado y verdaderamente bueno.

Este sujeto, por principio de su pretension, escribió á Pudenciana una carta